

# EN LA PINTANA LA EXTINCIÓN DE LAS “abuelas madres”

Viven en la comuna con una de las tasas más altas de embarazo adolescente y, por eso, muchas veces sus hijas esperan contar con ellas para que se hagan cargo de sus guaguas. Pero las abuelas de hoy ya no crían ni mudan. O cada vez menos. La prolongación de la actividad productiva y reproductiva de las mujeres, su necesidad de trabajar y su deseo de tener vida propia han llevado a una redefinición del rol de las abuelas. Las cuidadoras tradicionales están desapareciendo, dejándoles espacio a “nuevas abuelas” que no se postergan por los nietos.

POR **MURIEL ALARCÓN LUCO**. FOTOGRAFÍAS: **SERGIO ALFONSO LOPEZ**.

Cuando Vicky Rodríguez-49 años- supo que iba a ser abuela sintió como que la golpeaban en el estómago.

No le preocupó tanto lo que dirían las vecinas sobre el embarazo precoz de su hija, Andrea Fuenzalida -14 años-. En la población Pablo de Rokha, en La Pintana, hay varias madres adolescentes y hay varias abuelas jóvenes. El puñetazo en el cuerpo lo sintió cuando se preguntó de dónde sacaría más plata “para alimentar otra boquita”.

El panorama era difícil. Ella tam-

bién había tenido a Andrea siendo adolescente, pero en ese tiempo su papá era el proveedor de la familia y su mamá, dueña de casa, se hizo cargo de su nieta: en lo monetario y en la crianza. La mamá de Vicky fue una “abuela madre”. Pero las cosas han cambiado desde entonces.

Vicky vive con sus dos hijos menores y está separada. No terminó el colegio y siempre ha trabajado: de asesora del hogar, haciendo aseo en una clínica, cuidando enfermos en un asilo. Hoy es operaria de la empresa de alimentos Fruga, en Melipilla, y genera la única fuente de ingresos en su familia. Vicky no podía hacerse cargo de su nieta.

—A Andrea, le puse las condiciones

para criar a su hija. Como hago de papá y mamá, le dije que yo no podía ayudarla. Le puedo comprar remedios, pañales, cosas así... pero le dije que ella tenía que seguir estudiando, haciéndose cargo de su bebé. Ella entiende que si yo no trabajo, no hay nada. Le dije que se buscara un colegio con sala cuna —dice enfática.

Mujeres como Vicky son lo que expertos llaman “las nuevas abuelas”, porque el rol que asumen hoy en relación a sus nietos es muy diferente del que cumplían hace solo unas décadas. El ingreso masivo de la mujer al mundo del trabajo, el aumento de las jefas de hogar y los cambios culturales que las

han llevado a buscar una mayor realización personal y a postergar la maternidad han significado inevitablemente una redefinición de su función familiar.

Daniela Thumala, psicóloga e investigadora en envejecimiento y vejez de la Universidad de Chile, explica:

—La figura de la abuela ha estado tradicionalmente asociada al cuidado de la familia, sobre todo a la crianza de nietos. Apoyaban a las madres, en la medida en que se fueron incorporando al mundo del trabajo. Pero los procesos de modernización han hecho que estén hoy menos disponibles para cumplir ese rol al interior de la familia.



“Yo soy la abuela, no la mamá”, es lo que Vicky Rodríguez (der.) le dice a su hija Andrea (izq.), quien se embarazó de Isidora (10 meses) a los 14 años.

Es algo de lo que el profesor Cristián Rivas, quien lleva 20 años a cargo de niños de primer ciclo en el colegio Necedal de La Pintana, ha sido testigo. Esa comuna registra una de las tasas más altas de embarazo adolescente de la Región Metropolitana; ahí, el apoyo de las abuelas en la crianza de los nietos siempre ha sido crucial. Pero en los últimos años, Cristián ha notado una disminución del número de abuelas participativas.

—Por un tema laboral han debido dar un paso al lado y seguir en su proyecto personal y de vida. Hay abuelitas que no se postergan. Al mismo tiempo, los padres han asumido mayor responsabilidad y

se han involucrado más. Ya no es como antes, cuando la abuelita era la máter familias. Las abuelas de hoy han salido al mundo de una manera más progresiva —dice.

Andrea, la hija de Vicky, se va todos los días de su casa a las siete y media de la mañana. Carga a su hija en un brazo y pone su mochila en el otro. Deja a su guagua —Isidora, de diez meses— en la sala cuna del colegio Mariano Latorre y en cada recreo se escapa a jugar con ella. A las 15:15 horas de la tarde, la pasa a buscar y se la lleva de vuelta a la casa.

Vicky dice:

—Yo le doy cariño a mi nieta, pero la Andrea también cumple con su

**“POR UN TEMA LABORAL (LAS ABUELAS), HAN DEBIDO DAR UN PASO AL LADO Y SEGUIR EN SU PROYECTO PERSONAL Y DE VIDA. HAY ABUELITAS QUE NO SE POSTERGAN”, DICE CRISTIÁN RIVAS.**

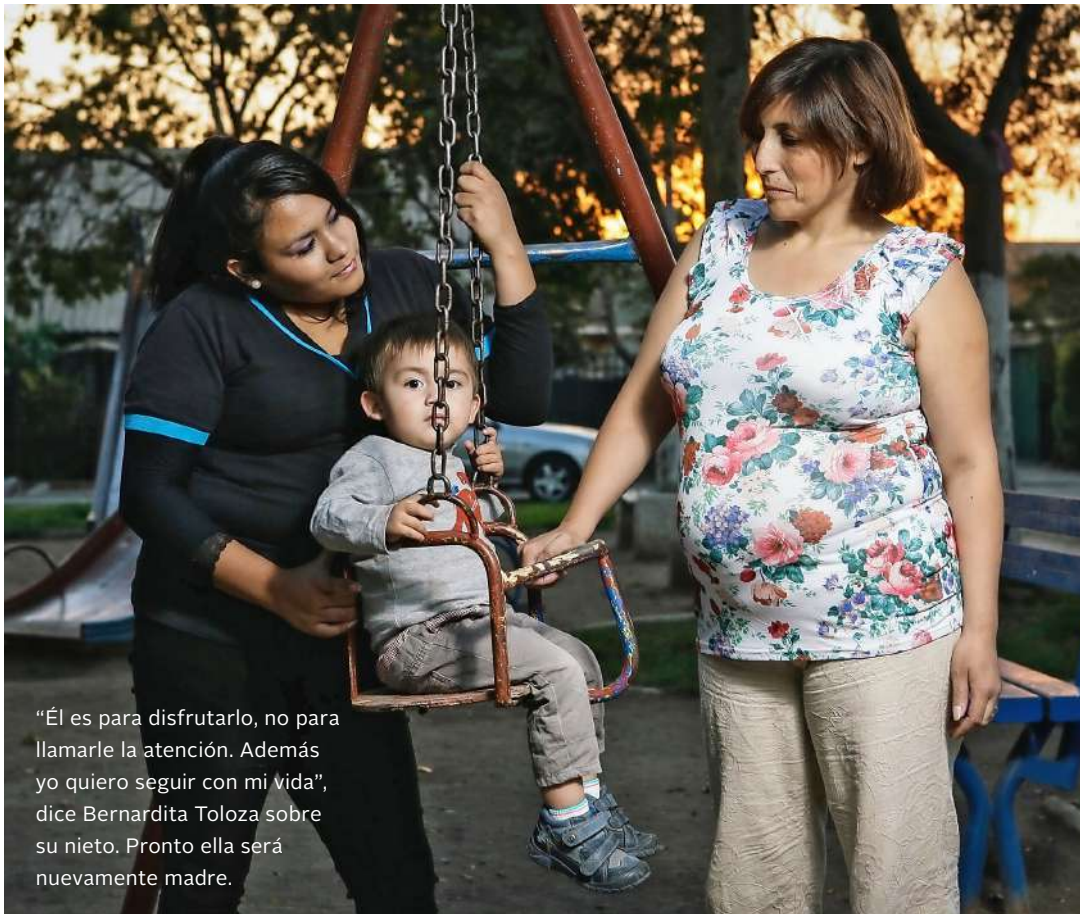
deber. A veces le doy consejos. Le digo que la Isidora está muy abrigada o que tiene que llevarla al doctor. Pero eso no más. Yo siempre le repito: “Yo soy la abuela, no la mamá”.

\*\*

De acuerdo a un estudio reciente del Sernam, cuando las mujeres trabajan, les siguen encargando el cuidado de sus hijos en primer lugar a sus madres o suegras (en un 44,5 por ciento de los casos). A pesar de eso, aseguran los expertos, se ha dado una transformación.

—A diferencia de épocas anteriores, en que la noción de lo que significaba ser abuela estaba bien definida, en la actualidad es cada





“Él es para disfrutarlo, no para llamarle la atención. Además yo quiero seguir con mi vida”, dice Bernardita Toloza sobre su nieto. Pronto ella será nuevamente madre.

vez más difusa. Ejemplo de ello es que la “obligatoriedad” de asumir un rol en la crianza de los nietos y de estar disponible para las demandas de los hijos ya no es tan evidente—dice la psicóloga Daniela Thumala.

Agrega:

—La mujer de hoy, dados los cambios sociales, está orientada a múltiples actividades y roles. Una mujer de 50 o más años hoy trabaja, algunas estudian, otras están entablando una nueva relación de pareja, otras no se casaron ni tuvieron hijos. La “abuelidad” es una posibilidad en la vida de una mujer y la forma en que se vive es cada vez más particular, para ella y para su sistema familiar. La figura del nieto tampoco es la misma que antes.

Aunque ese cambio cultural se haya dado en toda la sociedad, la extinción de las “abuelas madres” y la irrupción de “las nuevas abuelas” tiene un impacto más notorio en sectores más precarios como La Pintana, donde se dan más embarazos adolescentes y la primera red a la que se acudía antes era justamente la abuela.

—En los sectores de más escasos

recursos, cuando la abuela se hacía cargo de un nieto significaba que tenía ocupación completa del cuidado. No contaba con otro tipo de apoyo. En los sectores altos, una abuela puede trabajar sin dejar de hacerse cargo del nieto, porque paga por el cuidado de una empleada doméstica. El tipo de responsabilidad es distinta —explica Soledad Larraín, psicóloga y consultora de Unicef.

Agrega que el gran cambio que ha ocurrido es que mientras antes “en los quintiles más bajos no había posibilidad de trabajar porque había que cuidar”, hoy las cosas no se dan necesariamente así.

Los datos estadísticos hablan por sí mismos: en la última década, el aumento de hogares monoparentales encabezados por una mujer ha sido drástico, pasando de 500 mil en 2000 al doble en 2011, según la Casen. Son muchas más las mujeres como Vicky, que no tienen cómo dejar su trabajo por hacer de “abuela madre”.

Los profesores del Centro Educativo La Pintana —uno de los colegios municipales más grandes de la comuna— confirman la tendencia. Dicen tener abuelas apoderadas, pero

**“LA ‘ABUELIDAD’ ES UNA POSIBILIDAD EN LA VIDA DE UNA MUJER Y LA FORMA EN QUE SE VIVE ES CADA VEZ MÁS PARTICULAR”, DICE DANIELA THUMALA.**

que generalmente corresponden a casos aislados en que las madres de los alumnos son drogadictas o están en la cárcel. También cuentan haber notado un aumento en el número de bisabuelas que se hacen cargo de los niños, porque sus hijas —las abuelas— ya no cumplen esa función.

A la transformación del rol de esa figura también ha contribuido la ampliación de la cobertura de los sistemas públicos de cuidado infantil, que se han convertido en el salvavidas de muchas jefas de hogar de La Pintana.

—Aquí, en general, el cuidado y la

responsabilidad de los niños está a cargo de madres que en su mayoría son jefas de hogar y cuentan con pocas redes de apoyo. De ahí la importancia de las salas cuna y jardines infantiles sobre todo en los sectores de mayor vulnerabilidad. Estos espacios son la única red de apoyo con la que cuentan las familias—dice Ximena Godoy, directora del área educación de la primera infancia del Jardín Cristo Joven, que tiene varios jardines en Santiago. El más grande de todos —con capacidad para más de 300 niños— queda en La Pintana.

Si bien puede resultar angustiada para las nuevas madres, la extinción del modelo de la abuela que criaba ha tenido sus efectos positivos, como un mayor protagonismo por parte de madres y padres.

—La desaparición de las abuelas no ha sido un proceso total y definitivo. Siguen existiendo como apoderadas, pero se aprecia que un mayor número de madres está asumiendo su responsabilidad. En particular con la incorporación de los cursos prebásicos: los alumnos llegan ahora al colegio desde muy pequeños, cuando aún son muy apegados a sus madres —cuenta Mario Raúl Domínguez, presidente de la Fundación Nosedal. Agrega que los colegios también se han encargado de enseñarles a los padres que “son los primeros educadores de sus hijos” y dice que eso ha tenido buena acogida.



A los 61 años, Isabel Vargas tiene cuatro hijos y siete nietos. Vive en La Pintana con su marido de toda la vida. Nunca trabajó. Prefirió cuidar a sus hijos. Quería criarlos, estar encima. Cuando ellos partieron, le tocó cuidar a sus nietos mayores. Para cuando ya no fue necesario, le costó tanto despegarse de ellos, que se dio cuenta de que estaba tratándolos como hijos. Y decidió no volver a hacerlo más.

—¡Fue una experiencia muy terrible! Entonces con mi esposo dijimos: “no, que cada uno críe a sus hijos y si podemos estar ahí cuando nos

necesiten, ahí estaremos”. A mí me gusta separar los roles –afirma.

Hoy, dice ser una abuela malcriadora, que regalona a los nietos y les hace regalos.

–Yo ya crié a mis hijos –dice–. Si la mamá no lo puede hacer porque está trabajando, creo que es mejor que el niño vaya al jardín infantil. Va a tener quién lo vea y yo soy de la idea de que los niños tienen que estar con los niños–sigue Isabel, quien es voluntaria de la Congregación de los Sagrados Estigmas de nuestro Señor Jesucristo en La Pintana.

Pese a ser más joven, Bernardita Toloza –43 años, técnico en servicio social, madre de tres hijos– tiene una mirada similar a la de Isabel.

Con 21 semanas de gestación, Bernardita dice que su embarazo no fue planificado. Tampoco el de su hija, Jael, quien quedó embarazada a los 18 años y que ahora, en una plaza de la villa donde vive, mira a Luis José, su hijo de dos años, balancearse en un columpio. Bernardita, la abuela de ese niño, cuenta risueña que su nuevo hijo, el tío de Luis José, será tres años menor que el sobrino.

Su etapa de crianza coincidirá esta vez con la de su hija Jael. No es algo que le resulte muy sorprendente. Conoce casos similares. Los ha visto en el hospital Padre Hurtado –que atiende a personas de las comunas de La Pintana y San Ramón– donde trabaja como recepcionista, y también entre sus amigas.

Soledad Larraín, psicóloga y consultora de Unicef, dice:

–Las nuevas abuelas son muy diferentes de las de treinta años atrás. Son una respuesta a la nueva realidad de la mujer inserta en el mercado laboral y al aumento significativo de su esperanza de vida y de su edad reproductiva. En el caso de madres de madres adolescentes, se trata de abuelas jóvenes, que viven plenamente su vida afectiva y amorosa, que están rearmando su vida, que están buscando una pareja. No desearán su proyecto de vida por hacerse cargo de un nieto–dice.

Esa es la razón por la que Bernardita no quiere interponerse en

la crianza de Luis José. Fue muy enfática en aclarárselo a Jael:

–Cuando su hijo estaba recién nacido, Jael siempre me preguntaba: “¿puede bañar a Luis José?”. Hasta que un día le dije: “a ver, la guagüita no es mía, es suya, así que hágase cargo de su hijo. A mí ya no me corresponde hacerme cargo de usted”. Jael también me pedía que yo hablara con el doctor cuando íbamos al consultorio, pero le empecé a decir: “Te voy a acompañar, pero me voy a quedar afuera. No me corresponde”. Además me topaba con días en que yo trabajaba–dice Bernardita.

Se queda pensando unos minutos y agrega:

–No me quiero interponer en

## “LAS NUEVAS ABUELAS SON UNA RESPUESTA A LA NUEVA REALIDAD DE LA MUJER INSERTA EN EL MERCADO LABORAL Y AL AUMENTO SIGNIFICATIVO DE SU ESPERANZA DE VIDA Y SU EDAD REPRODUCTIVA”.

la crianza de mi nieto. Él es para disfrutarlo, no para llamarle la atención. Además, yo quiero seguir con mi vida. Después de mi fuero maternal, tengo que dedicarme a mis hijos y a mi trabajo.

Bernardita planea inscribir a su guagua en una sala cuna para poder mantener su empleo. Su marido también trabaja, pero no pueden costear los gastos de la casa con un solo sueldo.

Jael, su hija, interrumpe con voz firme:

–Cuando yo era más chica, me tocaba cuidar a mi hermano menor. Pero es muy diferente tener un hermano a tener un hijo. Con Luis

José es todo: la comida, los pañales, el doctor –dice quien tiene planeado estudiar química y farmacia a partir del próximo año, cuando Luis José entre al jardín.



Andrea Sánchez, la directora del jardín infantil y sala cuna Kumelén, de Integra, en La Pintana, tiene una certeza. Hoy mucho más que antes, hay papás asumiendo el rol de apoderados que antes cumplían las abuelas. Lo ve en su jardín, donde los niños vienen de los quintiles más bajos y uno de cada cinco apoderados es menor de 18.

–Nos interesa que madre y padre asuman la responsabilidad. Las abuelas tendían a quitarles ese rol. Nosotros atendemos mucho embarazo adolescente. Estas niñas antes siempre andaban acompañadas de sus madres. Pero nuestra postura es: adolescente o no adolescente, deben asumir su responsabilidad de padres y ellos lo han entendido. Hemos surgido como alternativa de cuidado, asumiendo un proceso educativo. Ya no nos ven como una guardería. Hoy ven que aparte de cuidarlos, sus hijos vienen a aprender, y ellos, los padres, son parte de ese proceso de aprendizaje –dice.

Ximena Godoy también lo nota. En el jardín Atipirí, en la población Pablo de Rokha, que pertenece a la Corporación Educacional Cristo Joven, donde trabaja ella, el porcentaje de abuelas apoderadas ha disminuido de un ocho a un cuatro por ciento en un plazo de dos años.

–La gran mayoría son abuelas solas que son jefas de hogar. Hay abuelas con parejas que no son los abuelos directos y hay abuelas que buscan rehacer sus vidas desde lo sentimental. Además, el jardín infantil fortalece el rol de las madres a través de talleres, reuniones con temáticas sobre habilidades parentales.

Maryorie Rivera es una de esas abuelas. Tiene 37 años y dos hijas: Beatriz, de 22, y Lisette, de 18. Las dos fueron madres a los 16. Jean Pierre, el hijo de Beatriz, tiene cinco. Justin, el hijo de Lisette, dos años. Los dos han sido párvulos de Atipirí.

Maryorie también fue mamá

adolescente. Tuvo a Beatriz a los 14. Pero no fue hasta que su hija cumplió doce años que asumió realmente el rol de madre.

–Cuando fui mamá no entendía nada y no supe ser mamá ni hacerme responsable. Por eso mi madre se hizo cargo hasta que la Beatriz tenía doce años. Pero yo me la llevé conmigo porque estaba entrando a la adolescencia. Quería protegerla y hablarle de sexualidad. Yo siempre quise abrirle la mente y decirle las cosas que le podían pasar si se embarazaba. Pero ¡todo salió al revés! –dice.

Maryorie cuidó a su primer nieto, Jean Pierre, durante sus dos primeros años de vida. Luego se cansó. Decidió que ese era trabajo de su hija.

Eso no significaba despegarse de su nieto, pero sí olvidarse de ser “abuela madre”.

–Le dije: “¿Sabes? Yo ya crié”. Mi hija tenía que hacerse responsable. Ella quería tener su libertad, pero yo no podía seguir cuidando al niño. Si algún día yo parto, ¿cómo van a saber la responsabilidad que les corresponde? Le dije: “Hazte cargo tú. Velo, llévalo al colegio, trabaja”.

Fue esa seguridad la que le permitió dar el discurso, sin flaquear, cuando su segunda hija, Lisette, repitió el patrón y quedó embarazada también a los 16 años.

–Yo ni siquiera he mudado al niño –dice.

Maryorie vende calcetines deportivos en el Persa solo los fines de semana porque su pareja, que trabaja en construcción, es el principal proveedor de su casa y prefirió que ella se quedara en la casa durante la semana.

–Mis hijas de repente se enojan. A veces me piden que cuide a mis nietos el fin de semana, pero yo igual quiero tener mi tiempo. Tengo mi pareja hace un año y él me dice: “Tus hijos están grandes y no tienes por qué cuidar a tus nietos. A lo mejor un rato, pero no todos los días”. Y le encuentro razón –dice.

Marjorie admite:

–Además, me gustaría tener un hijo con él. **ya**